

Fué tu amante su enemigo,
le causó mil desazones
y quebrantos y aflicciones
de que se quejó conmigo.

¿Y tú sabiendo esa historia
harás que el mundo se asombre
siendo la esposa de un hombre
que mancilla su memoria?

Medita con calma, Luz,
la razón todo lo vence,
no quieras que me avergüence
si cargas tan negra cruz.

— No sé si tendrás razón,
dijo Luz con triste acento,
habla en ti el resentimiento,
y en mí sólo el corazón.

¿Quién convence á una mujer
que puede todo, cuando ama,
de que el amor que la inflama
no tiene razón de ser?

El amor es como el mar,
se encrespa, se extiende, impera.
y... no le pongas barrera
porque te puede arrollar.

Y ambos, sin dejar que estalle
la rabia que el bien les roba,
se fueron; Luz á su alcoba,
y don Leonel á la calle.

IV

Pues señor, no la convenzo,
dijo el galán, está loca,

y allí de manos á boca
se encontró con don Lorenzo.

Se preguntan, se contestan,
y siguió al diálogo frío:
ese silencio sombrío
entre dos que se detestan.

— ¿Hablasteis con vuestra hermana?
— Claro está, no soy un mudo,
y hablo cuando le saludo
por la noche y la mañana.

— Lacónico sois como ella.
— De mi casa en el estrado
nunca sé que hayan gustado
discursos á la doncella.

— Razón os asiste fiel;
Vuestra hermana es un tesoro.
— ¡Hermosa caja de oro!
— Pues tomadla, don Leonel.

— ¿La caja? no; más conviene
al dueño en quien no es estorbo.
— Tomad al menos un sorbo
del tabaco que contiene.

— Eso sí; no hace perjuicio
un vicio que da salud.
— En vos, Leonel, es virtud
lo que en otros juzgan vicio.

— Está fresco y tiene aroma.
— Me llega directamente,
y en verdad, no es mucha gente
la que lo gasta y lo toma.

Leonel el polvo aspiró,
y torvo y de mala gana
del amante de su hermana
al punto se dispidió.

Ya separados los dos
Lorenzo dijo turbado :
« Este ignora que me ha dado
sin pena su último adiós ».

Y profetizó la suerte
adversa de su enemigo,
que ya llevaba consigo
en esos polvos la muerte.

Al rayar el nuevo día,
Méjico supo asombrado
que Leonel envenenado
y sin remedio, moría.

Ninguno fué delator
de este crimen misterioso,
y aunque cierto y espantoso
nunca pasó de rumor.

Á la muerte de Leonel,
Luz aborreció á su amante,
y desde aquel mismo instante
jamás se encontró con él.

Puede el lector más rehacio
juzgar cual mejor entienda,
pero es así la leyenda
de la « Esquina de Palacio ».

LA CALLE DE LAS MORAS

Á LAS INTELIGENTES Y BELLAS NIÑAS MARÍA Y
CRISTINA FRÍAS Y SOTO

I

Después de la media noche
llega al portal de una casa
un caballero embozado
en negra y flotante capa.
Dibújanse entre los pliegues
la luenga y oculta espada
de bruñidos gavilanes
y de reluciente taza.
Y adivínase al mirarlo
llegar inquieto, con ansia,
como un ente misterioso
que de todos se recata,
que algo muy grave y muy serio
le está conturbando el alma.
Ábrele pronto la puerta
á la cual tres veces llama;
sube la angosta escalera
y llega al fin á una sala
donde le espera impaciente
y lo recibe su hermana.

— Me tienes con gran cuidado.
 — Tardé tres horas bien largas ;
 pero ya pongo en tus brazos
 una linda flor humana.

— ¿ Quién te la entregó ?

— Su padre,

don Suero Méndez y Garza,
 que me habló de tal secreto
 hará unas cuantas semanas.
 La madre de la chiquilla,
 ya sabes, fué una mulata
 á quien sorprendió la muerte
 al dar vida á esta rapaza.
 Como ya tiene don Suero
 la cabeza tonsurada,
 y aunque en órdenes menores
 nunca deja la sotana,
 intenta ocultar al mundo
 lo que juzga una gran falta ;
 y como además le estorban
 pañales y zarandajas,
 nos endona para siempre
 y con voluntad muy santa
 á esta niña que has de verla
 cual hija de tus entrañas.
 Y desenvolviendo al punto
 aquella preciosa carga
 ambos con sorpresa vieron
 los primores de su cara.
 Ojos negros, andaluces,
 llenos de lumbre africana,
 obscura la cabellera,
 sedosa y ensortijada ;
 el cutis como de armiño,
 los labios como de grana
 y un hechicero conjunto
 vivo espejo de las gracias.

— ¡ Encantadora es la niña !
 dijo después de mirarla
 la joven ; ¿ en ningún caso
 podrán nunca arrebatarla ?

— Imposible ; aquí me traje
 lo que mi derecho ampara ;
 ¡ un documento secreto !

— ¿ Y eso nos sirve ?

— Nos basta.

— ¿ Sabe don Suero que somos
 de una religión contraria
 á la suya ?

— Ni lo sabe

ni yo le diré palabra,
 que la indiscreción más mínima
 labrará nuestra desgracia.

— Bien ; pero entonces ¿ qué hacemos ?

— ¿ Para qué ?

— Para enseñarla

á amar á Dios cuando crezca.

— Lo que hicieron en Granada
 nuestros padres con nosotros ;
 ¡ es la ley de nuestra raza !

— Nos acusan de moriscos.

— La confusión los engaña,
 que moriscos é israelitas
 iguales son en las llamas ;

esta chica cual si fuera
 nuestra hija, la ley santa
 de Moisés seguirá siempre,
 pues deber nuestro es salvarla.

— Así lo entiendo ; y alabo,
 Samuel, tu intención honrada.

— Nunca sabrá tal secreto
 nadie, pero menos Yarza.

— ¿ La madre de esta chicuela
 nació ?...

— En Córdoba, en España.
— ¿ Y don Suero ?

— Según dicen
don Suero nació en Vizcaya.

— ¿ Qué nombre tiene la niña ?

— María, su padre la llama.

— Cambiarémosle de nombre.

— ¿ Y le llamaremos ?

— ¡ Sara !

que significa princesa,
y porque además, hermana,
del padre Abrahán la esposa
tan dulce nombre llevaba.

II

Veinte abriles han pasado
después de tan rara escena,
y Sara está encantadora
y deslumbra por lo bella.
Ama á Samuel como á un padre,
y como á una madre tierna,
como á un Dios sobre este mundo
ama á su hermana Rebeca.
Educada en el retiro
sin vanidades arteras,
entre sus muchas virtudes
sobresale la modestia.
Vive cual entre las hojas
la pudorosa violeta,
esquivando las miradas
de los que al candor motejan.
Es gallarda como palma,
ágil, flexible y esbelta
encendida como rosa
y pura como azucena

Ignora su triste historia,
pues desde la noche aquella
en que Samuel la llevara
al hogar donde se encuentra,
nadie le ha dicho una frase
que perturbe su inocencia,
y en Samuel un padre mira
á quien con amor venera.
Don Suero nada ha sabido
de la preciosa doncella
que en veinte abriles pasados,
desde que á Samuel la diera,
ni preguntó por su suerte,
si estaba sana ó enferma,
si era inteligente ó torpe
ni si estaba viva ó muerta.
Don Suero, como un extraño,
nunca preguntó por ella,
y acaso no volvió nunca
ni á recordarla siquiera.
Don Suero llegó á ser grande
entre las gentes de iglesia
y ocupó en el Santo Oficio
un lugar de preeminencia.
Entre los inquisidores
era el de más altas prendas,
y el Virrey y el Arzobispo
sus grandes amigos eran.
Una mañana encontróse
con una denuncia nueva,
que ni la atención le turba
ni le ocasiona extrañeza.
Una familia de herejes
vive en Méjico y se entrega
á las prácticas de un culto
que el mismo infierno alimenta.
En la denuncia se dice

que un Samuel y una Rebeca,
y una Sara, hija de ambos,
según las gentes sospechan,
ofenden á Jesucristo
y con el diablo comercian.
Del aposento en que viven
da el denunciante las señas
y al punto manda don Suero
que á los herejes aprehendan.
A la mañana siguiente
horrible fué su sorpresa
cuando al llevarle á los reos
frente á Samuel se encuentra.
Dejó que sus compañeros,
ya sentados á la mesa,
con el fúnebre aparato
de un Santo Cristo y dos velas,
mil cautelosas preguntas
al juzgarlos les hicieran ;
don Suero estaba callado,
inmóvil como de piedra,
mirando con gran asombro
á la preciosa doncella
que deslumbraba por pura,
por humilde y por discreta.

Cuando todos acabaron,
dijo Suero : Salid fuera
y dejadme, quiero á solas
indagar cosas muy serias
con el pobre calumniado
que es el padre de estas hembras;
y ya con Samuel á solas,
le dijo : Hablad con franqueza ;
¿ sabéis quién sois ?

— El negarlo
indigna mentira fuera.

Sois Suero Méndez y Yarza,
¿ y yo ?

— Samuel Valdeñuelas.

— Esta encantadora joven...
— ¿ Lo ignoráis ? ¡ Es hija vuestra !
— No me digáis más ; ¿ quién hizo
la denuncia ?

— Un tal Iriestra,
que en vano persigue á Sara
con intención nada honesta.
— Bien está ; guardad secreto
de esta breve conferencia ;
os agradezco en el alma
todo cuanto hacéis por ella.

Y llamando á los oidores
les dijo con voz resuelta :
— Ni estos pobres son herejes,
ni la denuncia es sincera,
que venga aquí el denunciante
que es un pájaro de cuenta
y, por lo que ya sabremos,
condenádmelo á la hoguera.

Y en libertad fueron puestos
Sara, Samuel y Rebeca,
marchando á la misma casa
donde la hermosa doncella
llegó veinte abriles antes
como misteriosa prenda
que un caballero embozado
en su capa trajo envuelta.
Y las crónicas antiguas,
que el raro suceso cuentan,
dicen que estuvo la casa,
lugar de tales escenas,
en la calle « de las Moras »,
objeto de esta leyenda.

EL SEÑOR DEL BUEN DESPACHO

LEYENDA HISTÓRICA DE LA CALLE DE LAS ESCALERILLAS

I

La miseria es un infierno
 que de tal modo trastorna,
 que si el que la sufre es débil
 lo conduce á la deshonra.
 Lo que aquí voy á deciros
 más que cuento, es una historia
 que hace más de veinte lustros
 que corre de boca en boca
 Diéronmela por conseja
 problemática y dudosa,
 y un erudito de fama
 por verídica la toma.
 Sin inquirir otras pruebas
 que las que al relato abonan,
 pues todo lo amengua el vulgo
 y el tiempo todo lo borra,
 doy al lector que me sufre
 tal como me dan las cosas;
 y si no me las acepta,
 al menos me las perdona.

Hubo en los tiempos de antaño
 en esta ciudad hermosa
 que con lagos y volcanes
 sus panoramas decora,
 un hombre á quien la pobreza
 hizo sufrir penas hondas,
 pues sin comer se pasaba
 largas cual siglos las horas.
 Una noche en el silencio
 de su miserable alcoba,
 que en verdad debe haber sido
 un cubil ó una mazmorra,
 oyó repetidas veces
 como una voz misteriosa
 que le dijo : « Ya no sufras ;
 si quieres pan, anda y roba ».
 El hombre supersticioso
 rezó lleno de zozobra,
 creyendo que allí escondido
 le hablaba el diablo en persona.
 Y ya perturbado el sueño
 y temblando entre las sombras,
 esperó impaciente y loco
 á que naciera la aurora.
 En cuanto lució en oriente,
 tomó el buen hombre sus ropas,
 y no bien abrió una puerta,
 antigua, pesada y tosca,
 detúvose con espanto,
 pues oyó clara y sonora
 la misma voz repitiendo :
 « Si quieres pan, anda y roba ».
 — Quiero pan — repuso el hombre.
 — Pues ve á robarlo,
 — ¡ Me ahorcan !
 — Ve á robar...
 — ¿ Quién me lo ordena ?

¿Dios ó el diablo?

Y en la sola
estancia, quedóse todo
callado.

— ¿No hay quien responda?
— « Ve á robar », repitió el eco,
y turbada el alma toda,
con la faz llena de angustia
y con la mirada torva,
salió nuestro personaje
con miedo á su misma sombra.

.
.

Pronto se encontró en la Plaza,
y cual playa bienhechora
la catedral ofrecióle
sus naves anchas y hermosas.
Entra en ellas, se santigua
con la actitud más piadosa,
y toma asiento en un banco
junto á una mujer devota.
La contempla, y con asombro
y con regocijo nota
que trae al cuello una prenda
llena de piedras preciosas.
Busca un momento oportuno,
y con mano firme y docta
se la arranca, y huye y busca
salida segura y pronta
Cuando sin miedo á alguaciles
el sacro templo abandona,
por la puerta en que hoy se mira
al santo niño de Atocha
sale un hidalgo á su encuentro,
el paso altivo le corta,
y con acento solemne

le pregunta — ¿Por qué robas?
— Quiero pan, repuso el hombre.
— Yo te daré cuanto comas,
pero devuelve esa prenda
á aquella infeliz señora.
— ¡ Me denunciará!

— Ve y dile
que no gastas tales obras,
que te arrepientes del hecho,
y verás cual te perdona;
y en seguida ven conmigo
adonde bien te socorra,
que para dar á los pobres
tengo dinero de sobra.
Cumple el hombre los mandatos,
y con vergüenza no poca
sigue á aquel desconocido
á quien encontró en mal hora.

II

En un cuarto muy estrecho
de pobre y distante barrio,
entre paredes desnudas
y hombres que visten harapos,
sobre una mesa de pino
cubierta de un lienzo blanco,
igual á los que aprovechan
para velas de los barcos,
armadas con disciplinas
que vapulan sin descanso
muévense á compás, nerviosas,
incansables, varias manos.
Pegan sobre el burdo lienzo,
que está á todos revelando
que algún objeto insensible

tiene encubierto debajo.
 — Aquí hallarás pan ; — le dijo
 al hombre pobre el hidalgo—
 ármate de disciplina
 y vapula sin descanso.
 — ¿ A quien le pego?
 — A la mesa
 como todos estos vándalos,
 y por taena tan simple
 tendrás un buen semanario.
 — ¿ Por pegar aquí?
 — Es capricho;
 tengo dinero y lo gasto ;
 ni pidas explicaciones
 ni para darlas te traigo.
 — Bien está ; — repuso el pobre —
 ¿ he de pegar? pego y callo...
 — Y ¡ ay de ti! si abres la boca.
 — Me pondré en ella un candado.
 — Por las mañanas te espero
 de ocho á diez.
 — Yo nunca falto.
 — Por las tardes diariamente
 de las tres hasta las cuatro ;
 pero eso sí, yo te exijo
 que mientras estén sonando
 las tres en todas las torres
 vapules con entusiasmo.
 — No comprendo vuestro empeño
 — Ni estoy para revelarlo.
 ¿ Te conviene?
 — Me conviene.
 — Toma un duro adelantado
 y dale á Jehová las gracias
 de hallar tan pronto trabajo.
 — ¿ A quién decís?
 — No te importa.

— ¡ Escuché un nombre tan raro!
 — Hablar de luz á los ciegos
 es tan sólo hablar en vano.
 — ¿ Ciego yo? — Vapula y calla,
 si no te gusta sé franco ;
 pero no robes, no robes,
 que cuando el pobre es honrado
 cumple con la ley divina
 que yo reverente acato.
 Aquí te dejo, ya tienes
 con honra pan y trabajo,
 nada comentes ni inquieras,
 pues huelgan los comentarios.
 Haz aquí lo que hacen todos ;
 nunca trabajes los sábados,
 y si algo se te ofreciere
 aun puedo servirte en algo.
 — Otra gracia he de pedirós.
 — Dila pues.
 — Me causa espanto
 dormir donde escucho voces
 y rumores muy extraños.
 — ¿ Y bien?
 — Quiero un hospedaje.
 — Declara lecho ese banco,
 y pasarás bien las noches.
 — Gracias, señor; yo no hallo
 á tan constantes favores
 manera de darles pago.
 — Sirviéndome bien y pronto.
 — En eso perded cuidado.
 — Queda en paz; calla y vapula.
 — Cumpliré vuestro mandato.

 Y dichas estas palabras
 fuése á la calle el hidalgo,

y se quedó el hombre pobre
ya con pan y con trabajo.
En la noche al verse solo
dijo para sí pensando :
« Yo quiero ver sin testigos
lo que esconde el lienzo blanco,
pues lo cierto es que me duele
de tanto pegar el brazo ».
Y deshaciendo los nudos
quitando hebillas y clavos,
alzó la pesada tela
y quedóse mudo y pálido ;
vió un enorme Santo Cristo
en tosca cruz enclavado,
y el cual, al mirarle el rostro,
puso los ojos en blanco.
Arrodillóse aquel hombre,
el Credo rezó llorando
y escapóse de aquel sitio
cual muerto desenterrado.
Obscura estaba la noche,
y sólo en el negro espacio
una inmensa cruz de estrellas
lanzaba débiles rayos.
¡ Perdón ! ; Perdón ! exclamaba
aquel infeliz... besando
las baldosas de la acera.
¡ yo soy un excomulgado !
Y loco, enfermo, convulso,
los de la ronda lo hallaron,
y al escuchar sus palabras
y verle armar tal escándalo,
« es un loco, dijo alguno ;
no loco, es un hechizado ».
Y al cuartel lo condujeron
atado de pies y manos.

III

Supo en breve la justicia
por minuciosos relatos
que á la imagen de Dios vivo
azotaban en un barrio.
Y descubierto el secreto,
la Inquisición sin descanso
con hábiles artificios
lo siguiente puso en claro.
Un judaizante opulento
se hizo dueño, con engaño,
de un crucifijo muy grande,
que mandó con otros varios
para los mejores templos
de la ciudad de los lagos
el rey Felipe Segundo
ó su padre el gran don Carlos.
El judaizante halló un sitio
propio para recatarlo,
y halagó su fanatismo
con gastarse muchos cuartos
en pagar hombres que siempre
azotaran á aquel Santo.
Condenáronlo á la hoguera,
su casa la derribaron,
en la catedral pusieron
al Cristo para adorarle ;
y cuentan que en pocos meses
obró tan grandes milagros,
que las gentes le llamaban
« el Señor del Buen Despacho ».
Como el pobre (que á mi juicio
es un modelo de ingratos)
dijo que le habló al hebreo
fuera de lugar sagrado,

frente á unas escalerillas
 en la calle y mano á mano,
 el vulgo, que se aprovecha
 de los detalles más vagos,
 « de Escalerillas » llamóle
 á esa calle desde antaño.
 Y así lector te lo cuento
 tal como me lo contaron,
 sin que al fin pueda decirte :
 con esta verdad me salvo.

LA CALLE DE SAN FRANCISCO

Á MI RESPETADA Y MUY QUERIDA AMIGA, LA VIRTUOSA
 Y EJEMPLAR SEÑORA
 MARIANA COTILLA DE DOMÍNGUEZ COWAN

I

Á raíz de la conquista,
 y á gusto del gran rey Carlos
 vinieron á Nueva España
 doce varones preclaros,
 por su mansedumbre ovejas
 y por sus virtudes santos.
 Embarcáronse en San lúcar
 en el primer mes del año
 que llamóse en otras eras
 mil quinientos veinticuatro.
 Conocieron Puerto Rico
 en el tercer sol de marzo,
 y tras otros veinte soles
 á Santo Domingo entraron.
 En Cuba dijeron misa
 al ir abril expirando,
 subiendo á San Juan de Ulúa
 el día veintitrés de mayo.
 Cortés, al tener noticia

de aquel suceso tan fausto
ordenó que en el camino
les diesen lo necesario.
Bien poco necesitaban
siendo para todo parcos,
y de Veracruz salieron
sin más carga que sus hábitos.
A ejemplo de Jesucristo
andaban siempre descalzos
debiéndolo todo al cielo
como las flores del campo,
comiendo frutas y hierbas,
por tarde y mañana orando,
y durmiendo sobre el césped
lo mismo que en los peñascos.
A la opulenta Tlaxcala
en día de feria llegaron,
y al contemplar tantas gentes,
dijeron con entusiasmo :
« Gracias á Dios que nos pone
mies tan copiosa en las manos ».
Y no pudiendo á los indios
hablar en idioma extraño
les mostraban con el dedo
el limpio y azul espacio,
dando á entender que venían,
no cual los fieros soldados
para derramar su sangre,
sino cual tiernos hermanos
para darles nuevas luces
y á la gloria encaminarlos.
Los indios llenos de asombro
quedáronselos mirando,
les faltaba la armadura
que lanza al sol vivos rayos,
y la espada reluciente
y el rico y brillante casco

En vez de calzas y botas
y rodela y penachos,
cabezas y pies desnudos,
y el cuerpo mal abrigado
con los hábitos polvosos
y deshechos en pedazos.
En vez del fiero semblante
de Cortés y de Alvarado,
rostros dulces y apacibles
y bondadosos y francos.
En vez de un arma homicida,
una tosca cruz de palo ;
y en vez de mirar el suelo
todo sangre y todo fango,
los ojos vueltos arriba
siempre á lo limpio, á lo claro,
no adonde están las orugas,
sino adonde están los astros.
Los indios llenos de asombro
motolinia gritaron,
es decir, pobres, muy pobres,
por lo rotos y descalzos.
Toribio de Benavente
preguntó el significado,
y al saberlo, dijo á todos :
« Ya sabéis como me llamo ».
Y adoptó aquella palabra
con tal cariño y agrado,
que el padre Motolinia
desde entonces le llamaron.
Saliéronse de Tlaxcala
como vinieron, andando,
seguidos de un gran cortejo
de nobles cristianizados.
Ni una queja de fatiga,
ni una señal de cansancio,
siempre amables con los mozos,

y dulces con los ancianos.
 Para enseñar su lenguaje
 y aprender pronto el extraño,
 conversaban con los niños
 y los llevaban en brazos.
 Y así no sintió ninguno
 que fuera penoso y largo
 un camino que venían
 los ángeles custodiando.
 Cuando ya estuvieron cerca
 de Méjico y contemplaron
 sus espesas arboledas
 y sus cristalinos lagos,
 advirtieron que un gran grupo
 estábales esperando.
 Era que con gran cortejo
 de gentes de nombre y rango,
 mezclándose los guerreros
 á los humildes vasallos,
 á mitad de la calzada
 salió Cortés á esperarlos.
 Cuando ya los vió muy cerca
 se adelantó don Hernando,
 y á fray Martín de Valencia
 de hinojos besó la mano.
 Igual hizo con los otros,
 y aquel ejemplo imitando
 acudieron á lo mismo
 sus capitanes más bravos.
 Como causara extrañeza
 al pueblo todo aquel acto,
 valiéndose de su intérprete
 Cortés dijo :

— Soy soldado
 del Emperador en nombre
 ejerzo, en los cuerpos mando ;
 estos padres que aquí vienen

de parte del Rey más alto
 gobiernan en nombre suyo
 las almas de los cristianos.
 Las encaminan al cielo,
 las absuelven del pecado
 y las consuelan y animan
 en los trances más amargos.
 Yo seré siempre el primero
 en acatar sus mandatos ;
 que en nombre de Dios gobiernan,
 y el Rey, de Dios es vasallo.
 No puéjrn los oyentes
 contener la rienda al llanto,
 y acudieron presurosos
 á besar las nobles manos
 de aquellos doce varones,
 pobres, humildes, descalzos,
 por su mansedumbre ovejas
 y por sus virtudes santos.

II

Para inspirar en el pueblo
 respeto á gentes tan santas,
 dió don Hernando en Texcoco
 una providencia extraña.
 Dispuso que todos fueran
 á misa al sonar el alba
 y que á todo el que tardase
 allí mismo le azotaran.
 Tocó el terrible castigo
 á un principal de gran fama
 y alborotáronse todos
 causando profunda alarma.
 Cortés, para dar ejemplo,
 á la siguiente mañana
 llegó más tarde que todos

que asombrados le miraban.
 Subió con humilde paso
 del sagrado altar las gradas,
 despojóse de la ropa
 y presentó las espaldas.
 Sin reparar en su rango,
 el fraile que allí oficiaba
 le azotó como si fuera
 el más bajo de la plaza.
 Y ya desde aquel entonces
 nadie á la iglesia faltaba,
 que tan saludable ejemplo
 á todos los puso á raya.
 Cuando los doce varones
 radicáronse en Anáhuac
 y de pisar esta tierra
 no contaban dos semanas,
 eligieron por custodio,
 midiendo sus prendas altas,
 á fray Martín de Valencia,
 el cual en mística plática
 pidió que todos á un tiempo
 á Dios le dieran las gracias
 por haberlos elegido
 para esparcir su palabra
 y ser del santo Evangelio
 guardianes en tierra extraña.
 Y unos fueron á Texcoco,
 otros fueron á Tlaxcala,
 y juntando á los adultos
 en los patios y en las plazas,
 con argumentos sencillos
 la fe de Cristo enseñaban.
 En breve tiempo pudieron
 hablar lengua mejicana,
 y en Huejotzingo, Cholula,
 Mixteca, Otumba y Zempoala

á sus sencillas doctrinas
 convirtieron á las almas.
 Ellos fueron siempre dulces,
 los indios los adoraban
 por su bondad sin medida
 y sus virtudes sin tacha.
 Con angélica prudencia
 de igual modo les curaban
 los engaños de la mente
 que de la carne las llagas.
 Su primer convento estuvo
 en el sitio que hoy abarca
 la catedral espaciosa
 por los siglos respetada.
 Trasladóse luego á un sitio
 do Moctezuma guardaba
 fieras y peces y flores
 las más bellas y más raras.
 Vióse allí por muchos años
 una esbelta cruz, más alta
 que las torres de aquel tiempo,
 pues todo lo dominaba.
 Los religiosos formaron
 aquella cruz veneranda
 de un ciprés alto y hermoso
 que en Chapultepec hallaran.
 ¡ Arbol vetusto que un día
 recogió en sus verdes ramas
 de un pueblo ignorado y virgen
 la dulce y triste mirada ;
 Arbol á que saludaron
 las libres aves de Anáhuac ;
 emblema de la tristeza
 de melancólica raza ;
 fué luego en cruz convertido,
 y la piedad y la fábula
 lo colmaron de portentos

y de milagros sin tasa !
 « La gran cruz de San Francisco »
 en Méjico la llamaban ;
 y era por su inmensa altura
 objeto de las miradas
 del que á la ciudad venía
 ó que la ciudad dejaba.
 Esa cruz y ese convento,
 cuya rica y regia fábrica
 se contó entre los prodigios
 de la tierra mejicana,
 diéron el nombre á la calle
 por donde, con arrogancia,
 sin cuidarse de otros tiempos
 que por añejos le enfadan,
 cual eterno torbellino,
 cual ruidosa catarata,
 lujoso é indiferente
 el mundo elegante pasa.
 Sólo el que sueña en aquellos
 misioneros de fe santa,
 que consumieron la vida
 en amparar la desgracia,
 mirando los viejos muros
 de su deshecha morada
 los recuerda, los bendice
 y los admira y los canta.

LA CALLE DE SAN SEBASTIÁN

LEYENDA DE LA MANO

AL ERUDITO, GALANO Y JOVEN ESCRITOR
 LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN

El año de no sé cuántos,
 pues la fecha está borrada,
 cometióse un robo en Méjico
 que aterrorizó las almas.
 Eran los tiempos aquellos
 en que al toque de campana
 normaron todos sus actos
 los habitantes de Anáhuac.
 Todos dejaban el lecho
 sonando el toque del alba,
 listos acudiendo á misa
 antes que el sol asomara.
 Nadie se acercó á la mesa
 si el *Angellus* no rezaba,
 ni abandonó los manteles
 sin dar un acto de gracias.
 Nadie las tres escuchando
 dejó la costumbre santa
 de quedarse descubierto

elevando una plegaria
 hasta apagarse en las torres
 la postrera campanada.
 Nadie al toque de oraciones
 igual costumbre dejaba,
 y menos cuando á las ocho,
 como sufragio á las ánimas,
 en los tristes monasterios
 fúnebres dobles sonaban.
 Todo era unción y recato,
 todo piedad y esperanza,
 y ¡ay! de aquel que se atreviera
 con la acción ó la palabra
 á censurar tales actos
 poniendo en peligro el alma.
 Desde el prócer opulento
 al indio trocado en paria,
 desde la que viste seda
 á la envuelta en tosca manta,
 todos, como humildes siervos,
 al toque de la campana
 dejaban correr las horas
 entre oraciones y pláticas.
 Y si algún horrible crimen
 á las gentes alarmaba,
 era de ver el empeño
 con que en la cátedra santa
 con ejemplos y consejas,
 misteriosas como falsas,
 prestábase á comentarios
 que al más bravo amedrentaran.
 En las crónicas de entonces
 llenan polvorosas páginas
 hechos que ya en nuestros tiempo
 infunden risas y lástimas.
 Y así vemos unas veces
 que una mujer es herrada,

cuando se transforma en mula
 y lega al infierno el alma.
 Otras veces á los hombres
 vemos que les nacen alas
 y que vagan por la noche
 como duendes ó fantasmas.
 En ocasiones nos pintan
 muertos que á los vivos hablan
 á fin de salvar del fuego
 por graves culpas el ánima.
 Otras dicen que se mira
 en mansiones solitarias
 una lumbre que revela
 alguna suma enterrada.
 Y ya de horribles blasfemias
 é infernales carcajadas
 y lastimeros sollozos
 y arrobadoras plegarias,
 soporíferos relatos
 nos hacen plumas muy sabias
 que hoy le provocan el sueño
 á la más piadosa dama.
 ¡Oh fervor de aquellas eras!
 ¡oh devoción insensata!
 que impusiste tu dominio
 con el miedo y la ignorancia.
 Leyendo tu añeja historia
 encontréme relatada
 la aventura que aquí copio
 y que causó gran alarma.
 En una vetusta iglesia
 que á nuestro tiempos alcanza,
 parroquia de humilde barrio
 que San Sebastián se llama,
 en viejo confesionario,
 un ratero de gran fama,
 escondióse para el hurto,

esperando hora apropiada.
 Quedóse solo en el templo,
 y á la luz confusa y vaga
 que en todos momentos brilla
 frente á la hostia consagrada,
 del altar mayor asciende
 por la estrecha escalinata,
 y la puerta de cristales
 abre con mano profana.
 Mira la rica custodia
 que, en medio de sombras tantas,
 de cada piedra preciosa
 vivos resplandores lanza.
 Ve que está llena de perlas
 y de diamantes cuajada,
 y están cubiertos sus rayos
 de amatistas y esmeraldas.
 Ebrio de placer, extiende
 el brazo, y con fuerza arranca
 aquella joya bendita
 del sitio en que está guardada;
 y cuál no será su asombro
 y su temor y sus ansias
 al sentir que no la mueve,
 ni la empuja, ni la aparta,
 y que cual de duro hierro
 su mano en ella crispada
 está rígida é inmóvil
 cual la mano de una estatua.
 Trata de huir y no puede,
 lucha y el vigor le falta,
 pues ni al imán el acero
 se adhiere con fuerza tanta,
 cual su mano á esa custodia
 que al cabo soltar no alcanza
 y adherido á ella lo encuentran
 al despuntar la mañana.

Alguaciles y corchetes
 con tal escena se pasman,
 y viendo que nadie logra,
 por más que en ello se afanan,
 desasir al infelice
 de la joya sacrosanta,
 por orden de quien más puede
 y en todo se ingiere y manda,
 cortan la mano sacrilega,
 y sólo así la separan
 de aquella joya, que en sangre
 ni se moja ni se mancha.
 En cuanto la mano estuvo
 del brazo ya separada,
 cayó del altar augusto
 sobre la marmórea plancha.
 Y á la mañana siguiente
 frente al templo, en una tabla,
 sobre un elevado poste
 la gente la vió clavada.
 Y así duró muchos meses,
 teniendo como peana
 un cartel con estas tristes
 y sentenciosas palabras :
 « Para ejemplo de ladrones
 que lo sagrado profanan,
 pues lo mismo ha de pasarles
 á otras manos que tal hagan ».
 Y cuentan que los devotos
 que tal cuadro contemplaban,
 íbanserezando un Credo
 y murmurando en voz baja :
 « Dios nos libre en todo instante
 de una tentación tan mala,
 pues el diablo á todos tienta
 y á cualquiera pierde el alma ».

EL CALLEJÓN DEL MÓNSTRUO

A MI QUERIDO AMIGO ENRIQUE PÉREZ RUBIO

En apacibles horas,
de sin igual cariño,
desconociendo el alma
la duda y el pesar ;
la historia que hoy refiero
sin gracia y sin aliño
un viejo veterano,
allá cuando fui niño,
me la contó en las dulces
veladas del hogar.

¡ Oh santas, hechiceras,
inolvidables horas,
de engaños y candores,
de paz y de ilusión !
¡ las únicas que fuisteis
de dicha hospedadoras
Aun no están sin aroma,
ni mustias, ni incoloras
las rosas que dejasteis
de ofrenda al corazón.

Sólo esas rosas viven
como tesoros bellos
de un tiempo todo calma
y bienestar y fe ;
del alba de la vida
purísimos destellos
que bastan al que sufre
para alumbrar con ellos
el panorama hermoso
de todo lo que fué.

Recuerdo al veterano
que me contó esta historia ;
el sol del campamento
ennegreció su piel ;
faltábale una pierna,
sobrábale memoria
y siempre vi en sus canas
la escarcha de la gloria,
¡ ay ! ¡ de una gloria humilde
sin templo y sin laurel !

Él fué, cuando era mozo,
soldado de Guerrero,
contaba que á Morelos
y á Hidalgo conoció ;
nutrido en la enseñanza
del patriotismo austero,
hablaba de su Aquiles
como del suyo Homero
y algo empezado en risas,
con llanto lo acabó.

Alguna vez me dijo
mi frente acariciando,
¡ hermoso es por la patria
luchar hasta morir !
Estudia á aquellos héroes